

# CASTALIA

SEMANARIO ILUSTRADO

DE LITERATURA, ARTES É INTERESES MORALES Y MATERIALES DE CASTELLON Y SU PROVINCIA

Director: CARLOS LLINÁS

TOMO I

CASTELLON 19 DE SETIEMBRE DE 1886

NÚM. 9

Mañana...

Querer es poder.

Félix Perretí.

Hace seis meses que tengo propósitos de escribir un artículo sobre un tema indeterminado, é idéntico tiempo que me siento dominado por la pereza.

Y no es ciertamente por falta de asuntos el que hasta los presentes momentos no haya realizado mi propósito: pues registrando las hojas de mi cartera, me encuentro en ella, diseminados entre las notas de lo que le debo al sastre y al peluquero, curiosos apuntes, pensamientos sugeridos en un rapto de verdadera inspiración ante una mesa de café, aspirando con delicia el aromático perfume del colonial moka; chistes tomados al vuelo de boca de este ó del otro caballero, en el teatro, en la calle ó en el aristocrático gabinete de la más encoquetada dama del gran mundo; apuntes todos capaces de dar materia—ya que no dinero—al escritor de costumbres que se proponga por hacer tiempo, que es siempre hacer algo, aunque este algo no sea de provecho, emborrionar algunos centenares de cuartillas, para salir del compromiso del momento.

Pues como decía á ustedes, hace seis meses que tengo intención de escribir un artículo; y á pesar de las razones expuestas, todavía no he cumplido mi propósito. La causa primordial que hasta de ahora me impide ver realizado mi deseo, me parece haberla dejado traslucir al principiar estos renglones.

Es la maldita pereza.

Si la pereza, según nos dice el Catecismo, es un pecado; desde ahora confieso á ustedes que soy

el hombre más *empeccatú*, permítaseme la frase, que se pasea bajo la capa del cielo; pues continuamente me siento fascinado por los atractivos y encantos de dicha señora, y á no tener Dios misericordia de los perezosos, ya me veo con calzas y zapatos, dando vueltas en las colosales calderas de Pero-Botero. Lo único que me consuela, por aquello de *mal de muchos...*, es el pensar que no seré yo solo el que baile en aquella danza; pues siendo el número de perezosos infinito, de seguro que me encontraré con más de un compatriota ó amigo, teniendo en cuenta que los españoles é italianos estaremos allí en inmensa mayoría; los unos por aquello de *matar el tiempo*, y los otros por el *dolcefar niente* que, hablando en plata, equivale á lo mismo.

No recuerdo en qué autor místico, leí que la mayor parte de los condenados lo son por sus buenos propósitos. Unos, que nunca hicieron mal, por los suyos de ejercer el bien, que jamás llevaron á cabo; otros, que se enriquecieron á costa del prójimo, por sus reiterados en reparar el daño, sin llevarlo á efecto; y aquellos que consumieron su salud y fortuna, entregados á los deleites del más desenfrenado libertinaje, por sus continuos en emprender de nuevo, sin verificarlo nunca, el sendero de la virtud.

Esto me recuerda involuntariamente aquel pasaje de Quevedo en *Las Zahurdas de Pluton*, en que los condenados se lamentan en vano de las penas que les abruman; los cuales, si damos crédito á sus palabras, todos ellos son unos benditos señores incapaces de romper un plato, que se hallan sufriendo en el Averno por haber equivocado sus cálculos.—¡Oh! ¡quién hubiera hecho esto! dice el uno; ¡Oh! ¡quién hubiera hecho aque-

llo! exclama el otro; todos habian obrado de distinto modo que debian, y á buen seguro que si Dios les permitiera regresar de nuevo al mundo, no volveria el monarca de los infiernos á contarlos en el número de sus vasallos.

Pero todo esto es música *infern*al, porque *celestial*, presumo no puede serlo en aquellas profundidades; y todos los señores condenados que neciamente se quejan, debian enmudecer recordando el refran *á burro muerto la cebada al rabo*: que el hombre, digan lo que quieran en contra determinadas escuelas filosóficas, una sola vez viene la vida, y si permitido le fuera una segunda encarnacion conservando memoria de la primera, otro gallo le cantara.

Pero estoy divagando inútilmente, y hora es ya de que desenvuelva el tema que me he propuesto al trazar estas líneas.

Si, segun el aforismo inglés, el tiempo es oro, convengamos en que los españoles, á pesar de la inmensa deuda nacional que pesa sobre nuestras costillas, somos los hombres más ricos del Universo.

Esto supuesto, todos sin escepcion ninguna, sin tener un cuarto, somos grandes capitalistas; todos malgastamos el tiempo.

Malgastar, en buen castellano significa invertir el dinero en cosas inútiles ó supérfluas. Gastar, supone tener, pues no es creible que nadie gaste, á trueque de pasar plaza de tramposo, careciendo de medios para ello; y siendo el tiempo oro, claro está que al derrocharlo, procedemos como millonarios.

Todos en España, todos sin distincion alguna, hacemos alarde de derrochar el tiempo. Lo mismo el alto empleado que sentado en cómoda poltrona distrae la vista viendo disiparse en el espacio las caprichosas espirales de humo de una riquísima breva, esperando con impaciencia que el portero anuncie la hora para abandonar la oficina, que el miserable obrero que sobre un elevado andamio se entretiene en liar con flemática calma un cigarrillo de papel, haciendo tiempo hasta que el reloj de la vecina Parroquia le indica el momento de abandonar el trabajo: lo mismo el politiquillo que anda á caza de sensaciones desde los escaños del Congreso á cualquiera de los Ministerios, que el literato ó torero que á la puerta del Suizo

se entretiene en echar chicoleos á las buenas mozas.

Debemos confesarlo sin escrúpulo, somos muy derrochadores.

El menosprecio que hacemos del tiempo, ese oro de nueva ley, que sin ton ni son vertimos á manos llenas, sin darnos cuenta de ello, constituye un enigma.

La clave de este enigma se encierra en esta palabra:

Mañana.

Parecerá increíble, y sin embargo nada es más cierto, la frase que concluyo de escribir es la rémora que nos impide llevar á cabo nuestros más firmes propósitos; el lazo que cual nuevos Prometeos nos tiene ligados de pies y manos, á la inquebrantable roca de la inercia; la willis, en fin, que nos fascina y atrae con sus mentidos encantos, para adormecernos luego en los abyectos brazos de la pereza.

¡Mañana!

Para los holgazanes y perezosos, mañana es una letra de cambio á un dia vista, de cuyo cobro depende la realizacion de un sin número de proyectos.

Todos esperamos en mañana.

Lo malo es que las más de las veces la letra es protestada á la hora del pago! y los castillos de naipes que habia forjado nuestra soñadora imaginacion, caen sin estrépito por su base.

Para el estudiante calavera que entregado á todo género de devaneos deja transcurrir los dias sin asistir á cátedra, menospreciando los sacrificios que hace su familia por costearle una carrera; para el miserable jugador que con semblante cadavérico presa de las más encontradas emociones, pasa las noches ante el tapete verde, apostando á una carta su fortuna, ó lo que es más triste aun, el pan de sus hijos; para la mujer de treinta años, que ávida de que le rindan adoracion, en su refinado coquetismo, deja correr veloces los dias sin doblar la cerviz ante el ara del matrimonio; para toos aquellos, en conclusion, que separados del sendero del honor, ó asidos á la indolencia, sienten propósitos de reformar sus costumbres ó de despertar del letargo en que yacen sumidos, para dedicarse á la práctica de las virtudes; mañana es el mentido plazo que su fantasía les

muestra e  
ras; el Ju  
extravios  
ha de ver

Todo  
todos le  
sitos.

Sin em  
en una fi  
sueña au  
veíamos e  
infinita d  
morama,  
por mano  
fondo de  
tuidas po

Lo dic  
cion de q  
sitos de e  
nunca.

Esto m  
casi toda  
dosis de t

Los a  
más de lo  
solos con  
modo de

Si por  
no ha de  
ciones; si  
estar lim  
tura ha  
y nuestro  
otros paí  
mañana,  
tan ricos  
dero oro,  
que los a  
ron vana  
hijos del  
conocemo

muestra en perspectiva como término de sus locuras; el Jordán en donde han de lavar sus pasados extravíos; el principio de la nueva era en que se ha de verificar su completa regeneración.

Todo lo dejamos para el día de mañana; todos le vemos llegar, llenos de buenos propósitos.

Sin embargo, cuando estos no están cimentados en una firme voluntad, inútil es que brille la risueña aurora del suspirado día; el mañana que veíamos en perspectiva se prolonga en una serie infinita de mañanas, como las vistas de un esmorama, que al ser levantadas ante nuestros ojos por mano de un cualquiera, al pretender ver el fondo de la caja, siempre las encontramos sustituidas por otras nuevas.

Lo dicho me afirma cada vez más en la convicción de que cuando no existen verdaderos propósitos de enmienda, decir mañana equivale á decir nunca.

Esto me recuerda una copla popular, que como casi todas las de su género, encierra su pequeña dosis de filosofía.

Ayer me dijiste que hoy  
Y hoy me dices que mañana,  
Y mañana me dirás  
Ni quiero ni tengo gana.

Los anteriores versos dicen elocuentemente más de lo que yo pudiera expresar á ustedes; ellos solos con admirable parecido, retratan nuestro modo de ser.

Si por la anchurosa vía de progreso, España no ha de ir rezagada á la cola de las demás naciones; si el espejo de nuestra conciencia ha de estar limpio de toda mancha; si nuestra agricultura ha de florecer, nuestro comercio prosperar y nuestro crédito levantarse á la altura del de otros países; sacudamos desde hoy, sin esperar á mañana, el marasmo que nos domina; y ya que tan ricos somos de tiempo, convirtamos en verdadero oro, por medio de la única piedra filosofal que los alquimistas de la edad media se empeñaron vanamente en descubrir, y que nosotros los hijos del siglo XIX, más afortunados que ellos, conocemos con el nombre del trabajo.

J. F. Sanmartín y Aguirre.



### Antonio el Seminarista

(Traducción del Portugués.)

Estamos en una pequeña villa de provincia.

Han llegado ya las largas noches de invierno, comienza á ser agradable formar círculo en torno del brasero, disfrutando la honesta confortabilidad de las pequeñas reuniones de familia, de esas agradables veladas genuinamente portuguesas en las que todos se ocupan en algo y que van siendo reemplazadas en nuestros modernos tiempos por una reunión insípida, titulada *soirée*, en la que ni aun se hace lo que, por lo ménos, debería hacerse: hablar.

Estamos, digo, en esas noches en que la reunión constituye un placer y la tertulia es una necesidad.

La casa del vizconde, hombre llano y de agradable trato, era uno de los puntos más frecuentados. Una noche, sin embargo, la reunión tuvo lugar en otra parte y la casa del vizconde yacía en profundo silencio; más tarde sabremos la causa de ello.

Una cuestión palpitante, llena de interés local, excitaba la indignación en toda aquella buena gente de costumbres sencillas y habituada, por tanto, á no conocer sino de oídas los grandes escándalos domésticos.

Multiplicábanse los comentarios y la voz de uno era la voz de todos, pintando siempre el hecho con los colores que más pudieran ennegrecer la conducta del culpado.

—¡Y pensar que por tanto tiempo se ha recibido á un canalla en la propia casa!

—Por lo que á mí toca, siempre pensé: el padre Encarnación no me engaña con su aire de santo.

—Puede ser, pero V. era uno de los que le recibían en su domicilio.

—¿Y qué queríais que hiciera, si el vizconde era el primero en presentarlo como su mejor amigo?... Usted sabe perfectamente que, aquí, todos debemos consideración al vizconde.

—Y fué á su propio bienhechor á quien ese condenado hirió en lo que tenía de más caro... ¡Infame!

—Es verdad, dices bien, es tres veces infame. Recibido con los brazos abiertos en aquella casa,

donde tenia siempre un cubierto puesto en la mesa, no solo huyó con la mujer sino que ha dejado á la hija, á aquella gentil criatura con quien todos hemos jugado, en una situacion...

—Y la justicia, ¿qué hará en este caso?

—Lo mismo que siempre, nada. Y lo peor es que, andando el tiempo, has de ver al padre Encarnacion muy respetado en cualquiera otra parte.

—Yo no me he atrevido á ir á ver al vizconde. ¡Infeliz! ¡tener solo una hija y verla tan bábaramente deshonrada!

—¡Doy mi palabra de que, si el caso fuese conmigo, tendria alma para pegar un tiro á ese ladron!

—Y vean ustedes, las mujeres son segun por donde les da... ¡Dejar su familia, abandonar á un marido que la adoraba, perder su posicion por un frailluco, por un hipócrita con entrañas de tigre!

—Nunca se vió cosa semejante.

—Veremos ahora si esto sirve de leccion á todos.

—Todo eso está muy bien, pero lo hecho, hecho queda, y el vizconde, por más que se arrepienta, no lo podrá remediar.

La velada, generalmente tranquila y amena, continuó aquella noche en medio de un vocear indignado lleno de signos de admiracion.

Tan solo uno de los presentes no habia tomado la palabra. Sentado en un sillón de brazos, tomando á intervalos sendas pulgaradas de rapé, oía con impasibilidad profunda á todos los demás. Aquel hombre era el médico de la villa, persona ya de edad y bien quista de todos.

—Amigos míos,—dijo al fin,—en vista de que se ha comentado largamente el caso que en estos momentos ocupa la general atencion, pido licencia para aprovechar un pequeño intervalo contando una historia que acaso excite algun interés.

—Con mil amores, doctor.

—Ocurrió el hecho hará unos diez años. Yo estaba por entonces como médico de partido en la ciudad de..., donde trabé conocimiento con un buen hombre francamente leal y que pasaba por poseedor de un buen patrimonio.

Vivía solo en un desolador celibato y cifraba todas sus afecciones en un sobrino, hijo de una hermana á quien habia adorado y que, al morir, le pidió dos cosas: que se hiciese cargo de un hijo

y que le dedicase á la carrera eclesiástica. El buen hombre cumplió fielmente las últimas voluntades de su hermana, queria entrañablemente á su sobrino y le tenia en el seminario.

Tambien conocí al muchacho, á Antoñito, y como quiera que él ha de ser el principal personaje de esta historia, permítame que trate de describirlo con cuanta exactitud mi memoria consienta.

Antonio Méndez, como ya dije, perdió en temprana edad á su madre y con ella ese gran tesoro de caricias que es tal vez lo único bueno que disfrutamos en la vida. ¡Niño aun, ya quiso el destino marcarle la senda del dolor!

En el poco tiempo que traté con él, parecióme haber conocido á fondo su carácter: era bueno, amable, sincero, y, sobre todo, honradísimo.

A pesar de que su vocacion no le llamaba á vestir sotana, sujetábase pasivamente á aquel estado de cosas, con lo cual no hacia más que pagar lo mucho que debía á su bienhechor. Naturalmente triste, melancólico, faltábale esa alegría que todo adolescente debe tener... No sé si me explico bien: faltábale la expansion de los afectos con que todos, en más ó ménos cantidad nacemos y que él tenia aun concentrados en sí.

Las últimas vacaciones en que le ví parecióme Antonio más pensativo que de costumbre. He sido y soy todavia un poco observador; traté de conocer la causa de aquella melancolia y llegué á convenirme fácilmente de que Antonio estaba enamorado.

Conocí asimismo á la mujer objeto de su pasion, y francamente diré que no era digna de ésta: era bella, pero con esa belleza falta de expresion, fria, de la mujer que carece de algo superior, grandioso, que captive el sentimiento del hombre; sin embargo, Antonio la amaba profundamente; la amaba dedicándola uno por uno, todos sus afectos que hasta entonces no habian encontrado otra expansion.

La conquista no le costó mucho trabajo. Antonio debia ser heredero de una buena fortuna y las cosas podian inclinarse al casamiento. Esto permite suponer lo que sucedió. Elvira envolvió á Antonio en sus redes, y el pobre muchacho, embriagado, loco, se dejó arrastrar por aquella ventura que creia sobrenatural... hasta fué más allá de lo que nunca pudo esperar, y al terminar las vacacio-

nes lleva  
muchas  
padre.

Pasó

casa, An  
ratorios.  
entonces  
tio, el de  
madre; d  
mujer á  
confesar  
costase  
míos, si  
doy son  
toria.

—Si

—Qu

á su tí;  
razon lle  
la espera  
ba un gr

Casó  
principio  
apenas  
necesita

Lleva  
de priva  
que vacó  
en que v  
jor porve  
de todo,  
de los do  
bramien

Pasó  
Antonio,  
de que su  
casado, y  
de paso e

En mi  
gos míos  
y Elvira

Supe,  
sagradas  
me recor

—¿D

—Sí,

de otros

nes llevaba al seminario el ardiente recuerdo de muchas horas de amor y la esperanza de ser padre.

Pasó aquel curso y al volver nuevamente á su casa, Antonio había concluido los estudios preparatorios. Un paso más y sería cura. Ofreciósele entonces un dilema: de un lado, la obediencia á su tío, el deber de respetar la última voluntad de su madre; del otro el compromiso de honra con una mujer á quien adoraba... No vaciló; resolvióse á confesarlo todo á su tío y á casarse con Elvira, costase lo que costase... Dispensadme, amigos míos, si soy un tanto prolijo, pero cuantos detalles doy son necesarios para el desenlace de mi historia.

—Siga V., siga V., doctor.

—Como iba diciendo, Antonio se lo refirió todo á su tío; al salir de la casa de éste llevaba el corazón lleno de amargura y pérdida para siempre la esperanza de volver á aquel abrigo donde dejaba un gran recuerdo y un gran dolor.

Casóse y comenzó la lucha por la vida. Al principio dió lecciones, pero el producto de éstas apenas llegaba para cubrir las más apremiantes necesidades.

Llevando una existencia llena de disgustos y de privaciones, pasó Antonio algún tiempo, hasta que vacó la plaza de profesor público del lugar en que vivía. Con la sonriente esperanza de mejor porvenir, abrazó á su mujer, á quien, á pesar de todo, amaba, y partió para la capital, provisto de los documentos necesarios para lograr su nombramiento.

Pasó un mes, y, al cabo de este tiempo, supo Antonio, por una carta de un amigo, la noticia de que su mujer había huido con un vizconde, casado, y con una hija pequeña, que había estado de paso en el lugar.

En muy poco más se resume la historia, amigos míos. Antonio no pareció más por la ciudad y Elvira murió poco después en un hospital.

Supe, más tarde, que el joven había tomado las sagradas órdenes, y al venir á esta villa parecióme reconocer en las lívidas facciones...

—¿Del padre Encarnacion?...

—Sí, del padre Encarnacion, al seminarista de otros tiempos.

A. de B. Pato.

## HISTORIA DE ONDA

### CAPITULO II.

Descripcion de la Edetania.—Sus principales ciudades.—Carácter y valor de los edetanos.—Onda municipio romano.—Restos romanos encontrados en ella.—Derrota de Asdrubal y Magon por el centurion Lucio Marcio.—Muerte de Viriato en estos campos.

Continuacion

Otra inscripcion romana ha desaparecido bajo el lucido de yeso en la fachada de una casa, propiedad de don Juan Hernando, situada en la plaza de San José haciendo esquina al callejon de Andrea, la cual estaba puesta á la altura de un hombre en el interior del citado callejon. Solo contenia estas pocas palabras:

ONIVS  
N LXXHSE

El conde de Lumiares traduce esta inscripcion del modo siguiente: .....onius..... annorum septuaginta, nil situs est. Memoria sepulcralá un Nonio Sempronio ó Apronio, que murió de edad de 70 años. La vió el autor en el arrabal de San José, en casa de Antonio Mezquita.

Tambien nos cita el mismo autor otras inscripciones sepulcrales, que sin duda han desaparecido, y para guardar mejor memoria de ellas, tomo copia de las mismas.

En casa de Vicente Maciá, á la subida de la calle de San Cristóbal vió una de mármol pardo que se leía:

CLAO..  
AANXVII

Fragmento de sepulcro de uno que vivió 17 años.

En el callejon de Sales, en la pared de la casa de Juan Torres vió esta otra de mármol melado:

III LVCIVS	LI
AN LX HS < E	FS...
POMP LL MAR	BAEE
CELLA N < LXH... E	BIANA
L < POMPONIVS	LPOMP
LF MATERNVS	LPOM
AN VIII.....H < SE	MA

Lucius annorum sexaginta etc..., hic situs est, Pomponia Lucü Liberta, Marcella, annorum sexaginta, hic situs est: Lucius Pomponius, Lu.

cū filius, maternus, annorum novem, hic situs est..... Baebia..... Biana..... Lucius Pomponiu.... Lucius Pomponius.... ma. Inscriccion sepulcral, que sirvió para porcion de individuos de la gente Pomponia, expresando en la forma ordinaria de estas inscripciones los pronombres, nombres y cognombres de los individuos, el prenomen de los padres ó el de los paternos y la edad en que fallecieron, pero por el mal estado de la inscripcion, no pueden leerse completamente.

Añade el mismo autor, que en la subida de la calle de San Cristóbal, en casa del ya citado Maciá se conservaban en 1763 algunas otras inscripciones, que emplearon despues en obras particulares, y de las que solo quedaba el fragmento antes expresado. En el campanario de la Iglesia mayor, vió otra bastante dilatada que por estar colocada en la pared inmediata á un pasadizo construido para el servicio del dependiente de la Iglesia, parece que al hacer esta obra la picaron á fin de que el yeso aferrase mejor.

Tampoco pude leer yo, otra que se vé en muy mal estado, sobre el abrevador contiguo á la fuente conocida con el nombre del «Sabater».

En la llamada «Montañeta del Cármen», punto inmediato á la poblacion, aparecieron al hacer las obras del canal para las aguas de riego, algunas sepulturas romanas, que los trabajadores, ignorantes de la estimacion de aquellos objetos arqueológicos, destrozaron por completo sin guardar el más pequeño fragmento. ¡Quién sabe si aquellas capas de tierra cubren algunos objetos dignos de figurar al lado de esos otros que los anticuarios nos enseñan con tanta veneracion y estima!

Por todas partes vemos pues, que Onda llegó á ser una de las Colonias más importantes de los romanos y su extenso término, campo de importantes acontecimientos. Autores tenemos que suponen, que el célebre Lusitano, pesadilla por algunos años de la opulenta Roma, fué muerto en estos campos; las antiguas crónicas nos dicen: que enseñoreados los romanos de España, sin nada ya que temer de las vencidas huestes de Cartago, principiaron á distinguirse con despóticos tratamientos, contra aquellos que tanto contribuyeron á convertir á Roma en señora del mundo. Un lusitano, por nombre Viriato, que

por su vida libre debia hacérsele pesada la esclavitud y por sus instintos belicosos era enemigo de la vida inactiva, fué el primero que lanzó el grito de independencia con un puñado de valientes que le siguieron, (año 146 antes de J. C.) y llegando á organizar un pié de ejército bastante numeroso, se impuso á la misma ciudad del Tiber, derrotando sucesivamente á los cónsules romanos Cayo Vitilia, Cayo Plauto, Cláudio Unimanos y á Nigidio Figulo, hasta que creyendo terminar la guerra con ventaja y hacer una especial gracia á los romanos, ajustó un tratado, que rectificado despues por el procónsul romano, declaraba á Viriato por amigo, y concedía á los suyos las tierras que poseían. Pero arrepentido el senado romano por mirar como indecoroso un ajuste de paz con un oscuro pastor, consintió que Cepion, hermano de Serviliano el que habia concertado el tratado, declarase abiertamente la guerra á Viriato. Este mandó á sus subalternos Audax, Ditalion y Minuro sus más fieles amigos para tratar de concierto con Cepion; pero éstos, corrompidos por el romano con grandes dones y magníficas promesas, convinieron en quitarle la vida. Poco tardaron en cumplir lo prometido, pues fiado este famoso guerrero en el tratado que Cepion con intencion maligna concertó, acampó su ejército en un sitio vecino al Aphrodisio, lugar muy frecuentado de Viriato; y nunca receló que Cepion se acercase tan próximo que en un solo dia, pudiesen sus comisionados tener su entrevista con el romano y volver al cuartel de nuestro célebre pastor, para consumir su negra traicion. La historia no marca á punto fijo el lugar donde fué asesinado el héroe español, pero nos dice que su ejército, huyendo en retirada del de Cepion, hizo su primer descanso en Sagunto.

De aquí se infiere que Cepion acampaba al norte del rio Mijares, y Viriato en Onda y sus campos, y su muerte y funerales pudieron verificarse en Bechí, nombre del idioma primitivo que significa campo del Llanto, segun expresan algunos autores.

Arcadio Llistar.

Continuará.



Ah!, cuando la tanta añi

Procesi na hasta palios em tes casull y peniten chas y ton cillos, de gando á torreones tados per rabo del se allí, p nentes cu homenaje chedumb panas ech pueblo en oro que l

Sobre pal estab de la lun tre las er randola r cerca del y el ronc levantaba cimientos vesado j remos in mecido p sas corti húmedo v fondo az convers

Una n por la pu casucha. des, y gu era mise se hallab Esta m con quie alma á l taba ago

La vit modo res pan que hambre no tenia intentó

### La leyenda de tres lágrimas.

(Traducción del francés.)

Ah!, cuán hermosa era la ciudad de Avignon cuando la habitaban los Papas.—Nunca hubo allí tanta animación ni tanta alegría!

Procesiones que se sucedían desde por la mañana hasta por la noche; cardenales con larga cola, palios empenachados; mitras doradas y relumbrantes casullas; séquitos interminables de cantantes y penitentes entonando sus *latines* por las estrechas y tortuosas calles cubiertas de flores; pagecillos, de rojas mejillas y abigarrados trajes, jugando á las chinas sobre las murallas de los torreones, mientras que grandes lebreles, recostados perezosamente á sus piés, seguían con el rabo del ojo sus continuos movimientos.—Veíanse allí, príncipes llegados del Ródano, poetas eminentes cubiertos de alhajas, que venían á rendir homenaje al Pontífice reinante.—Toda esta muchedumbre vivía y se agitaba al ruido de las campanas echadas al vuelo, entre los aplausos del pueblo entusiasmado y en medio de ese polvo de oro que los rayos del sol les proporcionaba.

Sobre todo en las noches de estío la ciudad papal estaba muy animada.—A la pálida claridad de la luna veíanse vagar las golondrinas por entre las enrejadas ventanas del castillo.—La farandola recorría las plazas públicas.—Más allá, cerca del puente, se oía el silbido de la dulzaina y el ronco son del tamboril.—Las brisas que se levantaban traían consigo los melódicos estremecimientos del bandolín escapados de algún empavesado jabeque, que con un farol á proa y los remos inmóviles, surcaba á la deriva, suavemente mecido por el oleaje.—Muchas veces, sus vaporosas cortinas, ligeramente movidas al soplo de un húmedo vientecillo, permitía entrever sobre un fondo azulado y sombrío, una enamorada pareja conversando en voz baja, tiernamente enlazada.

Una noche la desesperación había penetrado por la puerta mal cerrada de una vieja y negra casucha.—En una habitación de desnudas paredes, y guijarros por todo pavimento, donde todo era miseria, una mujer, anegada en lágrimas, se hallaba sentada cerca de la cuna de un niño.—Esta mujer llamábase Marta.—El lasquente con quien se había casado acababa de entregar su alma á Dios, y Benezet, fruto de esta unión, estaba agonizante.

La viuda ya nada poseía.—De su pasado aco- modo restábase únicamente un pedazo de negro pan que sumergía en el agua cada vez que el hambre la obligaba á acercarlo á sus labios.—Ya no tenía alimentos que dar á su hijo.—Un día intentó llegar hasta el Papa Benito, con la espe-

ranza de obtener un socorro, que ese santo varón no le hubiese rehusado.—Pero tal era la pobreza de su traje, que los soldados que formaban la guardia de honor al extremo de la ancha escalera, la rechazaron brutalmente, amenazándola con la punta de su alabarda.

Marta volvió á su casa.—Su hijo se hallaba preso de una fiebre ardiente; sus pálidas facciones estaban arrugadas; sus pómulos se ensangrentaban, y la respiración escapábase silbando por entre sus labios amoratados.—La viuda no sabía que hacerse, todos los oídos permanecían cerrados á su dolor.—El barbero cirujano rehusaba sus cuidados si no le pagaban de antemano.—Entonces, viendo que su única esperanza era la muerte, postróse de rodillas, dirigió sus ojos bañados de lágrimas al cielo, y llevó á sus labios las manos desfallecientes del pequeño moribundo.

Al terminar una corta oración oyó una voz que le dijo:

—Te he oído; tu hijo vivirá, le daré toda la fuerza de la juventud; pero en cambio de estos dones y de verse realizados tus deseos, morirás; necesito este sacrificio: ¿consientes en ello?

¡Oh! sí, contestó, ¡tomad mi vida y salvad á mi hijo!

La emoción la sofocaba.—En sus ojos brillaron tres gruesas lágrimas de alegría, parecidas á esas perlas con las que el rocío engalana á las rosas.—Estas lágrimas corrieron por lo largo de sus mejillas y vinieron á caer sobre las azuladas cortinas de la cuna.—Al levantarse Marta reparó en ellas y las recogió.—Se hubiera dicho que cada una encerraba un rayo de sol: tal era el fuego de su brillantez.—Quiso aplastarlas, pero resistieron á este contacto.—La viuda notó entonces que sus lágrimas tenían una extraña semejanza con los diamantes que adornaban la diadema de la princesa Juana, el día que esa hermosa napolitana, resplandeciente de gracia y de juventud, visitó Avignon.

En aquel tiempo habitaba en la ciudad un joyero italiano de grande habilidad llamado Paoli.—Marta, embozada en un viejo manton, cerró tras de sí la puerta de su vivienda, y se dirigió, á pesar de la noche, á casa del joyero.—Este, sentado en un viejo sillón de cuero, auxiliado de sus oficiales, trabajaba un soberbio cáliz de oro, en cuyo pié se veían ya cincelados algunos ángeles; examinó con el lente las lágrimas que le presentaba la viuda, y después de mil vueltas las devolvió diciéndole:

—Mujer, tus lágrimas son diamantes; guárdalas cuidadosamente, pues representan una fortuna de príncipe.

La viuda vuela á casa del barbero.—Le enseña uno de los diamantes, ofreciéndoselo si cura á su hijo.—El cirujano ya no se hizo de rogar;

tantos medicamentos inventó, que al cabo de una semana la vida se infiltró en las venas de ese pequeño sér que dos días antes parecía iba á entregar su alma á Dios.

Marta cumplió su promesa.

Algun tiempo despues Benezet robusteció.—Era moreno, de ojos azules, y sus afelidas manos parecian las de una castellana.—Poseía la fuerza, la juventud y la belleza; pero Marta no estaba satisfecha.

\*\*\*

La viuda, como muchas madres, soñaba para su hijo un maravilloso porvenir.—Quería dignidades y grandezas.—Su fortuna le permitía realizar todas sus fantasías, y como su más vivo deseo era que llegase á ser uno de los hombres más eminentes de su época, le envió á estudiar en la Universidad de Montpellier.—Allí el jóven provenzal se hizo distinguir bien pronto, y su viva inteligencia asombraba á los maestros.—Los hijos de nobles familias que se relacionaban con él, pregonaron en todas partes su saber y sus finos modales.—Así desapareció la segunda lágrima.

Cuando Benezet regresó á Avignon, el Papa, que muchas veces había oído pronunciar su nombre en las conversaciones con los cardenales, quiso verle, y le mandó venir á su palacio.—Su amistad hácia él creció poco á poco, y muchas veces le invitó á sentarse á su mesa.—Cuando por las noches Su Santidad salía á pié para ir á rezar sus devociones á la Basílica, recorría las calles apoyado sobre el brazo de su jóven favorito.—Estas públicas señales de amistad llenaban el corazón de Marta de una indecible felicidad, y sin embargo, sentía desfallecerse poco á poco.—Una extraña enfermedad la consumía; se estinguía lentamente á semejanza de una lámpara cuyo aceite se vá agotando.—La vida parecía retirarse de su cuerpo, cada vez que se desprendía de una lágrima para satisfacer sus ambiciosos proyectos.

Sin embargo, Benezet no había alcanzado el horizonte que ella entreveía.—Deseaba para él, las fiestas, los triunfos y la gloria.—Un día se fundió entre sus dedos la tercera lágrima, al rumor que se esparció por Avignon, de que su hijo debía partir al día siguiente para la córte de

Nápoles á donde el Sumo Pontífice le enviaba en calidad de Embajador.

En la mañana del día señalado, la viuda se encontraba en un estado de debilidad extrema.—Su semblante parecía una máscara de alabastro.—Apenas le fué posible llegar, acompañada de dos camareras, al puente por donde el dorado bergantín debía zarpar llevándose á su hijo.

La muchedumbre impaciente habíase amontonado sobre ambas orillas del Ródano.—Una escalinata cubierta de ricos tapices orientales, se había practicado hasta donde esperaba anclada la nave.—Los marineros largaban las blancas velas, deslumbrantes á la luz del sol, é izaban los gallardetes que flotaban en el espacio.

De repente éyese una formidable detonacion; las campanas se echan al vuelo; un interminable murmurio de satisfacción se esparce entre los grupos de curiosos; oprímese la muchedumbre, pages y estudiantes se encaraman á las ramas de los árboles, mientras que las jóvenes, de pié sobre los bancos, agitan su mirada para contemplar mejor al Embajador.

Benezet, seguido de un brillante cortejo de cardenales y señores, adelantaba poco á poco, ricamente ataviado, el bigote retorcido, su mano izquierda en la empuñadura de su espada, mientras que con la otra levantaba su ancho sombrero para contestar con un gesto encantador y graciosa sonrisa á las aclamaciones de la multitud.

A una señal se cortan las amarras, y el bergantín, semejante á un pájaro ávido de espacio, se aleja de la orilla para tomar su vuelo.—En este momento, Marta exhala un grito desgarrador y cae sin sentidos en los brazos de sus camareras.—Sus fuerzas y su amor materno se habían desvanecido con su última lágrima, y, así como lo predijo la voz, realizados sus deseos, había muerto.

C. A.

IMPRESA DE V. GINER

Caballeros, 47.



No causas q  
ignoranc  
las cond  
víduo, á  
ó mater  
los priv  
aquellos  
cio en t  
pasan y  
superior

Y de  
bles tod  
con cien  
al don  
limpio  
(casi nu  
mirada,

Si á  
en gene  
tenido  
rece ha  
casi sie  
que, sin  
poco es  
idea de  
sona de  
toche, l  
flexion,

Y qu  
fijarse  
que con  
formul  
nuestro